



Yves Gambier y Ubaldo Stecconi (eds.), *A World Atlas of Translation*, Benjamins Translation Library (BTL), vol. 145, Ámsterdam / Filadelfia, John Benjamins, 2019, 493 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.22.2020.521-527>

Editado por Yves Gambier y Ubaldo Stecconi, *A World Atlas of Translation* (Atlas mundial de la traducción) constituye el 145.º volumen de la colección Benjamins Translation Library, publicada por la editorial John Benjamins desde 1994.

El *Atlas* está constituido, esencialmente, por un prólogo, un epílogo y veintidós capítulos sobre la traducción en varias regiones del mundo. En el prólogo, Gambier y Stecconi hablan de la génesis del *Atlas*, de la preparación y organización del proyecto, de los retos, de las decisiones tomadas antes de empezar el proyecto y durante su realización. El *Atlas*, según los coordinadores de la publicación, apunta a exponer cómo la traducción varía según las diferentes tradiciones regionales en el mundo (p. 2). Añaden que no se trata de abordar anécdotas sobre textos, autores, traductores o instituciones, ni de la evolución de la profesión o de los programas de traducción ofrecidos en diferentes regiones del mundo, sino de un atlas sobre conceptos y nociones en torno a la traducción y a la traductología.

Con el fin de identificar las diferentes tradiciones a incluir en esta obra, Gambier y Stecconi consultaron a seis especialistas de las principales regiones del mundo: Leo Tak-kung Chan, Vicente L. Rafael, James Maxey, Lieven D'hulst, Maria Tymoczko y Georges L. Bastin. Aunque los coordinadores explican en general el papel de estos asesores en el proyecto, nos hubiera gustado tener más detalles sobre el rol que jugaron, así como sobre sus campos de investigación. Por ejemplo, aunque conocemos los trabajos de Maria Tymoczko, no sabemos para cuál de estas tradiciones fue consultada: ¿fue para la región de América del Norte, para los Estados Unidos, para Irlanda? Se hubiera podido presentar esta información, que nos parece de suma importancia, en el prólogo. Además, lamentablemente, solo quedaron incluidos los autores en la sección biográfica al final de libro, dejando de lado a los asesores que no participaron directamente en la redacción de los capítulos.

A dichos autores, Gambier y Stecconi los llaman «reporteros». El término «reportero» se utiliza de manera esencialmente simbólica, para crear

un vínculo con el género textual de los atlas, a la geografía, a los reporteros que viajan por el mundo. Hablando de símbolos, por tratarse de un atlas, y sin quitar mérito al gran trabajo de los editores, nos sorprendió que no hubiese por lo menos un mapa: nos hubiera gustado localizar dónde se ubican las diferentes tradiciones en un mapamundi.

Cada uno de estos reporteros debía describir el concepto de «traducción» que prevalece en una determinada tradición, o sea el país o la región sobre la cual escribiría (o escribirían en el caso de capítulos con dos autores). El *Atlas* trata de veintiuna tradiciones tratadas en veintiún capítulos; estos están organizados geográficamente, empezando por el este (Oceanía y Asia) y terminando en el oeste (América), como si estuviéramos haciendo girar un globo terrestre frente a nuestros ojos. En los párrafos siguientes haremos un resumen del contenido siguiendo el mismo orden: de este a oeste (y a veces hacia el sur o hacia el norte, según el orden usado en el *Atlas*). La riqueza de los capítulos no nos permite debatir sobre todos los temas incluidos por los autores. Sin embargo, hemos intentado subrayar los puntos que, en nuestra opinión, son los más sobresalientes en cada capítulo.

Los dos primeros capítulos del *Atlas* tratan de Oceanía. En el primero, Joseph P. Hong versa sobre las islas del Pacífico Sur (Polinesia, Melanesia y Micronesia) (pp. 13-37). El autor se concentra en la traducción bíblica, explicando que la actividad traductora en las lenguas indígenas de la región se resume, históricamente, en la traducción de material religioso en decenas de lenguas de la región: fiyiano, hawaiano, samoano, tongano, etc. La necesidad de traducir otros tipos de materiales hacia estas lenguas es mínima, sobre todo porque en la mayoría de las islas se habla inglés o francés, además de las lenguas indígenas. El contexto australiano, como lo entendemos al leer el capítulo de Adolfo Gentile (pp. 39-53), es muy diferente: la traducción se ve sobre todo como un instrumento al servicio del Gobierno y de la relación entre este y los residentes no anglófonos, como los indígenas y los inmigrantes recientes.

Los capítulos del 3 al 6 están dedicados a diferentes tradiciones asiáticas. Judy Wakabayashi habla de Japón (pp. 55-79), Leo Tak-hung Chan de China (pp. 81-103) y Phrae Chittiphalangsri de Tailandia (pp. 105-124), mientras que Rita Kothari y Krupa Shah se concentran en la India (pp. 125-148). Aprendemos que, durante siglos, la traducción era escasa en Japón porque se importaba, sobre todo, documentos chinos, y que estos documentos no se traducían porque los japoneses entendían los caracteres chinos. Las secciones sobre tipos de traducción menos tradicionales en el

archipiélago japonés, como la traducción intralingual y la interregistros, es especialmente relevante e interesante.

El caso chino, según comenta su autor, L. T. Chan, se puede resumir en tres palabras: exportación, industria y armonía. Estas representan: a) los esfuerzos del país para difundir su cultura y sus ideas; b) la manera cómo la traducción promueve el dominio de las exportaciones chinas en el mundo; y c) las relaciones entre el grupo dominante y su lengua, el mandarín, con los demás grupos etnolingüísticos del país. La situación de Tailandia es muy similar a la de Japón en relación con China y Occidente. La manera de traducir ha cambiado según las épocas y según el origen de los textos originales, especialmente en el trato que se le da a las obras orientales comparado con el de las obras occidentales. En la India, la traducción está vinculada a la construcción de la nación y su relación con el Imperio británico. También, como en el caso del Imperio del Medio, la traducción sirve de herramienta para facilitar las relaciones entre los diversos grupos etnolingüísticos del país.

Los capítulos del 7 al 10 tratan del Próximo Oriente. Omid Azadibougar y Esmail Haddadian-Moghaddam escriben sobre Irán (pp. 149-168), Salah Basalamah sobre el mundo árabe (pp. 169-192), Nitsa Ben-Ari y Shaul Levin sobre Israel (pp.193-214) y Cemal Demircioğlu sobre Turquía (pp. 215-241). En la tradición iraní, o persa como escriben los autores, la traducción intenta ser lo más leal posible al texto original y está orientada hacia el traductor, quien goza de un cierto prestigio. En el Irán actual, la traducción se concibe como una manera de importar nuevas ideas y de fomentar cambios, a pesar del control político que regula esa actividad. Los autores también lamentan la falta de traducción entre las numerosas lenguas de la nación y la escasez de datos sobre el tema.

En el mundo árabe, que obviamente es una categoría muy amplia, el concepto de traducción es múltiple. Y con toda la razón. De hecho, por la importancia del mundo árabe en la historia de la traducción, el autor Salah Basalamah explora el concepto de traducción desde una perspectiva diacrónica. Nota, por ejemplo, la compleja relación que el mundo árabe mantiene con el Otro, relación que se manifiesta en la traducción. La complejidad de esta región permitió en parte, según el autor, abrir nuevos horizontes al concepto de traducción.

En la tradición israelí, la diglosia entre el hebreo y las diferentes lenguas de los judíos (yidis, ladino, etc.) o habladas en la región (árabe, arameo, etc.) tuvo una gran influencia sobre la manera de ver la traducción. Aprendemos, también, que la tradición israelí se forjó en parte a partir de los territorios

históricos de asentamiento de los judíos de Europa, como Alemania o Europa del Este.

La tradición turca (o túrquica) también es multinacional. En su análisis, el autor Cemal Demircioğlu no se limita a Turquía, pues incluye las regiones de lenguas turcas, desde el Asia Central hasta el Mediterráneo. En consecuencia, separa el estudio que llama genealógico entre los pueblos túrquicos del este y los túrquicos del oeste. Para completar su genealogía de la traducción en el mundo túrquico, el capítulo incluye un estudio lexicológico de la definición de la palabra traducción (*terceme*) en varios diccionarios otomanes.

Los capítulos 11 y 12 son los dos únicos sobre África, un continente que cuenta sin embargo con más de cincuenta países y dos mil lenguas. El capítulo de Maricel Botha y Anne-Marie Beuke sobre Sudáfrica (pp. 243-269), como muchos de los capítulos del *Atlas*, presenta un recorrido histórico de la traducción en este país. El periodo colonial fue especialmente decisivo en la conceptualización de la traducción sudafricana, la cual, obviamente, tenía mucho que ver con las relaciones de poder entre los diferentes grupos étnicos del país. La traducción también tuvo un papel esencial en el establecimiento del afrikáans como lengua de poder en la región.

En Angola, escribe Riikka Halme-Berneking (pp. 271-286), la traducción también tuvo un papel de normalización de varias lenguas nacionales, además de servir como una herramienta para ejercer el control sobre la población. La traducción de documentos en varias lenguas del país por parte de la Iglesia católica y las Iglesias protestantes fue de suma importancia en el establecimiento de una tradición nacional. Hoy en día, el Gobierno angoleño aprovecha la experiencia de estas organizaciones para facilitar la traducción institucional del portugués hacia las principales lenguas nacionales, en particular las lenguas bantúes.

Los capítulos del 13 al 17 tratan de Europa del Este. El capítulo 13 (pp. 287-307) (sobre Rusia), de Brian James Baer y Sergey Tyulenev, nos propone un viaje en la conceptualización de la traducción en Rusia y en su periferia, empezando con la Rus de Kiev en el siglo IX, hasta el período postsoviético, pasando por los bolcheviques y los soviéticos, entre otros. Una extensa historia de la traducción en la región que nos invita a leer más sobre el tema.

El capítulo 14, de Zuzana Jettmarová, versa sobre los países eslavos (pp. 309-321). También nos ofrece una reseña histórica de la traducción en la región. La traducción, dice la autora, fue uno de los pilares de la

estandarización de las lenguas eslavas y de sus respectivas literaturas. El capítulo tiene el mérito de darle espacio a la mayoría de las lenguas de la región, como lo demuestra la sección sobre la terminología usada para hablar de traducción en una docena de lenguas eslavas, tales como el búlgaro, el checo o el esloveno.

El capítulo 15 se ocupa de la tradición griega, y está escrito por Simos Grammenidis y Georgios Floros (pp. 323-340). Incluye estas zonas de lengua griega fuera de la Grecia actual, especialmente la isla de Chipre. En su texto, los autores no hablan tanto de traducción interlingual, sino que más bien abordan la traducción intralingual, entre griego antiguo y griego moderno, y entre *katharévousa* (lengua pura) y *demótico* (lengua del pueblo). Mientras la traducción interlingual favoreció la introducción de ideas nuevas y la legitimización de la lengua demótica, la traducción intralingual fue una herramienta al servicio de la afirmación nacional griega.

El capítulo 16 sobre los países europeos de lengua romance (pp. 341-354), escrito por Lieven D'hulst, empieza en la Roma antigua y termina con la aparición de la *traductologie* en paralelo a los *Translation Studies*. Según D'hulst, la tradición latina / romance tiene como fuente la relación entre Grecia y Roma y se caracterizó por ser una herramienta de desarrollo de repertorios nacionales en los diferentes países de lengua romance en Europa.

La tradición traductora en los países germánicos, descrita en el capítulo 17 por Gauthi Kristmannsson (pp. 355-374), empieza con la traducción de obras griegas y latinas, como muchas otras tradiciones recogidas en el *Atlas*. El establecimiento de la tradición traductora en la región no escapa a la historia de la traducción bíblica en las diferentes lenguas de la región (gótico, inglés antiguo, nórdico antiguo, islandés, etc.).

Los últimos capítulos del Atlas tratan de América. El capítulo 18, sobre la Sudamérica hispánica, está escrito por Álvaro Echeverri y Georges L. Bastin (pp. 375-394). Obviamente, la traducción misionera tuvo un papel destacado en la época colonial, tanto para la evangelización de los pueblos indígenas como para su asimilación. En el siglo XIX, la difusión de ideas políticas por medio de la traducción tuvo un papel clave en la emancipación de la región. A partir de esa época, la traducción se vuelve de gran trascendencia para los intelectuales. Además de ser traductores, muchos de los grandes autores hispanos de Sudamérica, como Andrés Bello, Jorge Luis Borges o Julio Cortázar han escrito sobre traducción y contribuyeron a establecer la tradición traductora en la región. Así pues, la traducción cumplió varias funciones en la región, entre ellas, la religiosa, la política, la

ideológica y la educacional y se manifestó en formas variadas como la imitación, la adaptación, la apropiación y la creación.

El capítulo 19 sobre Brasil está escrito por Dennys Silva-Reis y John Milton (pp. 395-417). Según los autores, los principales paradigmas de la traducción en Brasil están relacionados con los principales eventos históricos que tuvieron lugar en la historia del país, desde la llegada de los europeos. Mientras la interpretación fue de suma importancia durante la época colonial, la traducción se institucionalizó en los últimos cien años, hasta vivir una época de oro en el siglo XX y un considerable desarrollo de la traductología o estudios de la traducción en las últimas décadas. Los autores resumen la historia de la traducción en Brasil y la evolución de la práctica de la misma a lo largo de 500 años con las siguientes palabras: *reducción* (siglo XVI), *imitación* y *apropiación* (siglo XVII), *revolución* (siglo XVIII), *institucionalización* (siglo XIX) y, finalmente *traducción-inclusión* (siglo XX).

El capítulo 20 sobre Centroamérica y México, de Nayelli Castro (pp. 419-442), nos presenta el contexto de la traducción en la región a partir de tres subcontextos: a) la traducción como herramienta política (como en Sudamérica hispánica) o como actividad diplomática, como es el caso del tratado Anglo-Guatemalteco que precede a la independencia de Belice, un evento poco conocido que nos presenta la autora desde un punto de vista traductológico; b) la traducción implícita y explícita derivada de las políticas de traducción en los diferentes países de la región, que generalmente están más relacionados con las lenguas coloniales que con las lenguas indígenas; y c) la traducción literaria de obras occidentales cuyos originales estaban escritos en francés, inglés, italiano o alemán. La traducción se convierte entonces en una herramienta de consolidación cultural y literaria.

El capítulo 21, escrito por María Constanza Guzmán y Lyse Hébert, trata de los Estados Unidos y de Canadá (pp. 443-464). Según las autoras del capítulo, México podría estar incluido en la tradición norteamericana, pero por razones editoriales se ha abordado junto con Centroamérica. La traducción en los EE. UU. y Canadá sería una experiencia histórica continuada que se puede abordar desde varios ángulos: colonización, migración, imperialismo, vida intelectual, etc. En el caso de la vida intelectual (y literaria), destaca la importación hacia el continente, por medio de la traducción, de las ideas de varios movimientos y escuelas en Europa como el surrealismo, el marxismo y el psicoanálisis. Sin embargo, escriben las autoras, la producción intelectual en Norteamérica se ha basado generalmente en la producción inglesa y euroamericana, lo que sigue

vigente hoy en día. Para concluir, la traductología norteamericana se estableció a partir de perspectivas variadas, como la literatura comparada, los estudios culturales y el feminismo, y hoy en día se está descentralizando, tanto desde un punto de vista disciplinario como lingüístico y geopolítico.

Aquí termina nuestra gira por este atlas mundial de la traducción de Gambier y Stecconi. En suma, se trata de una obra muy rica en su contenido. Obviamente, no todo el contenido es nuevo para los especialistas de la traducción, pero resulta evidente que no se podían dejar de lado las tradiciones más conocidas como las europeas y norteamericanas, así como las de ciertos países latinoamericanos como México y Brasil, y de algunos países asiáticos como Japón, China o India. Se nos hizo muy refrescante leer sobre traducción en regiones como el Pacífico Sur, Centroamérica y África en general, y sobre países como Angola, Australia, Belice o Tailandia, en particular. Sin embargo, falta mucho por estudiar, y este atlas, esperamos, solamente constituye el primer volumen de una serie. Nos hubiera gustado leer sobre el Caribe, que debe tener varias tradiciones según las lenguas, o haber pertenecido (antiguamente o en la actualidad) a diferentes imperios europeos (España, Francia, Inglaterra, Países Bajos) y esferas de influencia (Latinoamérica, Estados Unidos, Francia, etc.). Esta complejidad explica por qué no se incluyó el Caribe en el capítulo sobre Centroamérica y México. De hecho, en un próximo atlas, se podrían incluir varios capítulos sobre Centroamérica y el Caribe. Se podría decir lo mismo de Norte- y Sudamérica (Canadá, los Andes, el Cono Sur, etc.) y del mundo árabe, que podría haberse dividido en dos o tres capítulos (por ejemplo, el Magreb, el Máshreq y el Golfo). ¿Y qué decir de África? Otra vez este continente queda al margen. En defensa de los editores, el proyecto inicial contaba con más tradiciones africanas, que no se materializaron por varias razones no divulgadas por Gambier y Stecconi (p. 3).

Para concluir hablando de traducción, el *Atlas* demuestra que las relaciones de poder entre los grupos y las lenguas tuvieron un papel central en el desarrollo de la gran mayoría de las tradiciones traductoras. En cualquier lugar del mundo, la traducción está fuertemente ligada a guerras, conquistas, colonialismo, dominación, evangelización, etc. No se trata de una actividad inocua, como ya lo sabíamos, pero el *Atlas* lo demuestra una vez más y ahora desde un punto de vista (casi) global.

MARC POMERLEAU  
Université TÉLUQ  
[marc.pomerleau@teluq.ca](mailto:marc.pomerleau@teluq.ca)